

que resultó robada, con la que se habían robado unos libros, una peluca y qué sé yo qué más. Los soldados me llevaron ante el juez; éste, por fortuna, me conocía y á toda mi familia; sabía cuál era mi conducta y la causa de mis desgracias, y no dudó asegurar que estaba yo inocente, y prometió probarlo siempre que se le manifestara al que me calumnió; pero esto no pudo ser, porque los soldados ya le habían soltado; con esto me dejaron en libertad.

—¿Y qué hizo usted, don Tadeo? le pregunté; ¿llegó usted á ver á su calumniador? ¿Supo quién era? Y si lo vió, ¿qué hizo para vindicarse? Es regular que lo pusiera usted en la cárcel. —No, señor, me dijo, pasó en la misma tarde por mi casa, lo conocí, lo metí en ella, y cuando lo convencí de que era hombre de bien, lo hospedé en mi casa esa noche, mi madre le curó unas ligeras roturas de cabeza y lo dejé ir en paz.

—¿Y cómo se llamaba ese pícaro que calumnió á usted? le pregunté. Y don Tadeo me contestó que no lo sabía ni se lo había querido preguntar. Entonces yo, lleno del júbilo que no soy bastante á explicar, me abracé de don Tadeo, y el misántropo, satisfecho del buen proceder de su amigo, y creyéndome algo bueno, se abrazó de nosotros, y en un nudo que expresaba el cariño y la confianza, se enlazaron nuestros brazos.

Nuestras lágrimas manifestaban los sentimientos de la gratitud, la reconciliación y la amistad, y un enfático silencio aclaraba elocuente las nobles pasiones de nuestras almas.

Yo, antes que todos, interrumpí aquel éxtasis misterioso, y dije á Tadeo: —Yo, yo soy, noble amigo, aquel mismo que cuando me prostituí agravié á usted imputándole un robo que no había cometido; yo soy á quien benefició el extremo de su caridad; yo quien sé todas sus desgracias; yo quien lo he tenido por mi sirviente, y yo, por último, soy quien tendré por mucha honra que desde hoy me asiente entre sus amigos.

Esta mi sincera confesión no hizo más que confirmar á aquellos señores en que yo era hombre de bien á toda prueba, y así, después de que más despacio nos contamos nuestras aventuras, confirmamos nuestras amistades y juramos conservarlas para siempre.

El misántropo, enteramente mudado, dijo: —Cierto, señores, que tengo mucho que agradecer á mi caballo, porque me condujo á un pueblo á donde yo no pensaba venir... pero ¿qué hablo? Al cielo, á la Providencia, al Dios de las bondades es á quien debo agradecer semejante impensado beneficio. Por uno de aquellos estudiados designios de la Deidad, que los hombres necios llamamos contingencias, se desbocó mi caballo á tiem-

po que ustedes me vieron y porfiaron por traerme á su casa, en donde he visto el desenlace de mis desgracias con una felicidad no esperada; pues es felicidad satisfacerme, aunque tarde, de la constante fidelidad de mi amada y de mi buen amigo Tadeo. Ya conozco que es un desatino aborrecer al género humano por las ingratitudes de muchos de sus individuos, y que, por más inicuos que haya, no faltan algunos beneméritos, agradecidos, finos, leales, sensibles, virtuosos y hombres de bien á toda prueba. Es menester hacer justicia á los buenos, por más que abunden los malos. Yo lo conozco, y en prueba de ello, pido á ustedes que me perdonen del loco concepto que me debían.

—Deja eso, dijo Tadeo; yo he sido, soy y seré tu amigo mientras viva. Estoy persuadido de que la misma bondad de tu genio, tu sencillez, tu sensibilidad y tu virtud, te hicieron creer que todos los hombres se manejaban como debían, según el orden de la razón, y habiendo experimentado que no era así, incurriste en otro error más grosero, creyendo que no había hombre bueno en el mundo, ó cuando menos, que éstos eran demasiado raros, y, según esta equivocación, no era muy extraña tu misantropía; pero ya ves que no es como lo has pensado, y que, susceptible al error, creiste que yo é Isabel te fuimos ingratos, al mismo

tiempo que ésta murió por amarte y yo no he perdonado diligencia por saber de tí y confirmarte en mi amistad.

Yo también pensaba que los hombres prostituidos al vicio jamás podían mudar enteramente de conducta; creía que, conservando los resabios del libertinaje, les sería muy difícil el sujetarse á la razón y ser benéficos, y hoy, con la mayor complacencia, me ha desengañado mi amo y mi amigo don Pedro, cuya conducta, en el tiempo que le he servido, me ha edificado con su arreglo...

—Calle usted, señor don Tadeo, le dije, no me avergüence recordando mis extravíos y elogiando mi debido proceder. Mucho menos me trate de amo, sino de amigo, de cuyo título me lisonjeo. Yo acomodé á usted en mi servicio sin saber quién era, y en el tiempo que me ha acompañado tengo harto que agradecerle. En este tiempo todas han sido felicidades para mí, siendo la última el feliz encuentro y satisfacción del caballero don Jacobo.

—No es la última felicidad que usted sabe, me dijo mi cajero; aún resta otra que ustedes dos escucharán con gusto. Oigan esta carta que acabo de recibir. Dice así:

«Señor don Tadeo Mayoli.

»México 10 de Octubre, &.

»Mi amigo y señor: Ha fallecido su hermano de V., el señor don Damián, y debiendo recaer en V. el mayorazgo que poseía, por haber muerto sin sucesor, la Real Audiencia ha declarado á V. legítimo heredero del vínculo, por lo que, después de darle los plácemes debidos, le suplico se sirva venir cuanto antes á la capital, para enterarlo del testamento de su señor hermano y ponerlo en posesión de sus intereses, en cumplimiento de la orden superior que para el efecto obra en el oficio de mi cargo.

»Aprecio esta ocasión para ofrecerme á la disposición de V., como su afectísimo amigo y atento servidor, Q. B. S. M. — *Fermín Gutiérrez.*»

—Este sujeto es el escribano ante quien se otorgó el testamento. En virtud de esta carta tengo que partir para México cuanto antes. A usted, señor don Pedro, mi amigo, mi amo y favorecedor, le doy las gracias por el bien que me ha hecho y por el buen trato que me ha dado en su casa, ofreciéndole mis cortos haberes, y suplicándole no olvide, en cualquier fortuna, que soy y he de ser su amigo; y á tí, querido Jacobo, te ofrezco mis intereses con igual sinceridad, y para desenojarte de los agravios que te infirió mi padre negándote á mi

hermana, por ser tú pobre, pongo á tu disposición mis haberes con la mano de mi hija, si la quisieres. Es muchacha tierna, bien criada y nada fea. Si gustas, enlázate con ella, que ya que no es Isabel, es Rosalía, quiero decirte que es rama del mismo tronco.

El misántropo, ó don Jacobo, no sabía cómo agradecer á Tadeo su expresión; pero se hallaba avergonzado por ser pobre y por dudar si sería agradable á su hija, mas éste lo ensanchó diciéndole:—No es defecto para mí la pobreza, donde concurren tan nobles cualidades; aún no eres viejo y creo que mi hija te amará, así que yo la informe de quién eres.

Pasados estos cariñosos coloquios, tratamos de vestir con decencia á Jacobo, y al día siguiente hizo Tadeo traer un coche y se fueron en él para México, dejándome bien triste la ausencia de tan buenos amigos.

A pocos días me escribieron haberse casado Jacobo y Rosalía, y que vivían en el seno del gusto y la tranquilidad.

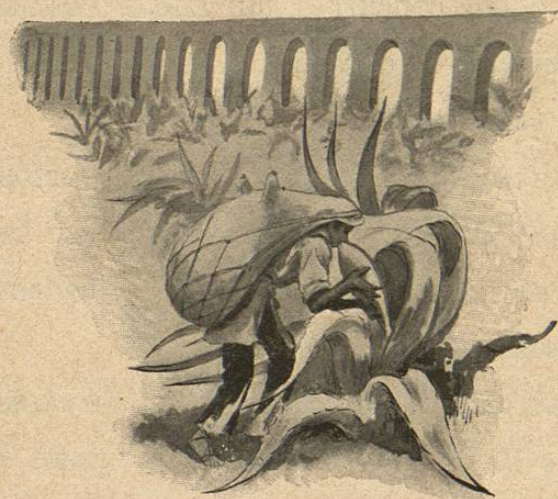
Murió á poco el administrador de la hacienda en donde estaba Anselmo, y mi amo me escribió mandándome que fuera á recibirla.

Con esta ocasión fuí á la hacienda y tuve la agradable satisfacción de ver á mi amigo y á su familia, que me recibió con el mayor cariño y expresión.

Desde aquel día fué Anselmo mi dependiente y yo

un testigo de su buena conducta. Los hombres de fina educación y entendimiento, cuando se resuelven á ser hombres de bien, casi siempre desempeñan este título lisonjero.

Yo me volví á San Agustín y viví tranquilo muchos años.



CAPÍTULO XIV

En el que Periquillo cuenta sus segundas nupcias y otras cosas interesantes para la inteligencia de esta verdadera historia

No me quedé muy contento con la ausencia de don Tadeo; su falta cada día me era más sensible, porque no me fué fácil hallar un dependiente bueno en mucho tiempo. Varios tuve, pero todos me salieron averiados;